

cuatro siglos), ardía en deseos de practicar todo aquello que había aprendido. Ansiaba abrirse camino como médico. Lo primero que hizo fue regresar a su pueblo, junto a sus padres. Ansiaba volver a encontrar a sus familiares y amigos y disfrutar de nuevo de los parajes tan queridos; en fin, necesitaba saciarse con todo lo que tanto había añorado durante su larga ausencia. El adolescente barbilampiño que partió a estudiar ocho o nueve años antes, regresaba convertido en un hombre robusto, de mediana estatura, abundante pelo negro y una incipiente barba.

Al cabo de unos meses de visitas y cortesías, logró establecerse en Torrijos, un pueblo que distaba media jornada de Puebla de Montalbán. El empleo era bueno: médico del Duque de Maqueda. El mismo confirma este dato cuando, en una obra posterior, al hablar de una planta, escribe: “Me acuerdo haber(la) visto en Torrijos, en un huerto del Adelantado de Granada, que después llamamos Duque de Maqueda, siendo en aquel pueblo su médico”.

Hernández permaneció en Torrijos varios años, durante los cuales, además de ocuparse de su trabajo, también se preocupó de vivir su propia juventud. Fueron años en los que, sin eludir sus obligaciones, no rehusó participar en fiestas y romerías, disfrutando de los bailes y la música, como cualquier joven, permitiéndose algunos de los excesos que no gozó en Alcalá. También puso empeño en cortejar a la joven Juana Díaz de Paniagua, que acabaría siendo su esposa.

Durante el tiempo que permaneció en Torrijos no olvidó sus aficiones botánicas. No era infrecuente verle alejarse del grupo de jóvenes que merendaban y reían a la sombra de una ermita, para buscar plantas por los alrededores que luego clasificaba y estudiaba. Con una enorme capacidad de trabajo, no descuidó sus conocimientos en lenguas clásicas. Durante esos años tradujo y comentó varias obras, como el texto griego de la Theriaca, del poeta y médico Nicandro de Colofón. En sus obras posteriores habla de este trabajo de juventud. Lo cita repetidas veces en sus Comentarios a la obra de Plinio. Así, en el libro XXI, capítulo X, señala: “y lo otro para evitar largu a de comentarios en

obra tan larga, mayormente haviéndolo escrito sobre Nicandro, poeta colofonio al cual en verso latino en nuestra mocedad interpretamos”; o en el libro VII, capítulo XV, donde aclara: ya lo tenemos disputado en nuestras scholias sobre Theriacos (triacas, antivevenos) de Nicandro .

De todas formas, la estancia en Torrijos fue breve: apenas tres o cuatro años, los justos para madurar como médico. El ambiente de comodidad, las fiestas y romerías, las jornadas de caza con amigos y el trabajo rutinario suponían demasiada tranquilidad para la inquietud que le enardecía. Continuaban llegando a sus oídos las asombrosas historias del Nuevo Mundo y el ascua de su inquietud intelectual se avivaba ante el soplo de tales relatos.

En aquellos años se producían cambios continuos, novedades y mudanzas que se entrelazaban con vertiginosa rapidez, a pesar de difundirse a lomos de mula. Cada barco que arribaba procedente de aquellas lejanas tierras descargaba en el puerto de Sevilla, noticias de los lugares recién descubiertos, de sus hombres, de sus riquezas, de los climas, de nuevas constelaciones, de animales nunca vistos que poblaban selvas impenetrables, de ríos interminables, anchos como mares, de plantas extrañas a las que se atribuían virtudes propias de la magia o del milagro. Todas estas novedades continuaban esparciéndose por cada rincón de España. Se relataban, con las exageraciones correspondientes, en cada venta, en cada albergue, en cualquier mercado, ante la lumbre del hogar. Hernández nunca desaprovechaba la ocasión de interrogar a cualquier viajero que se dejaba caer por la comarca.

Hernández comprendió que en Torrijos no podía aprender más. Su espíritu inquieto le obligó a tomar la decisión más importante de su vida: la de trasladarse a Sevilla. Hernández dio este paso sabiendo que representaba un sacrificio para su familia. No le preocupó abandonar una situación cómoda y regalada de médico de prestigio, protegido por un noble influyente y poderoso, como era el Duque de Maqueda, para marcharse y empezar de nuevo en un lugar desconocido, lejos de sus amigos y de sus padres



*Vista panorámica de Alcalá antes de que destruyeran las murallas en el siglo XVI.*